



TOMO II.

SOBRE EL NOMBRE DE AMÉRICA

Y LOS DEMÁS QUE SE DIERON Á LAS
TIERRAS OCCIDENTALES
DESCUBIERTAS POR CRISTÓBAL COLÓN
Y LOS ESPAÑOLES

DESCUBRIR por el Occidente las costas ignoradas del Asia, fué el pensamiento culminante de Colón al emprender su primer afortunado viaje al Océano desconocido y tenebroso. Algunos quieren que un movimiento de emulación y despecho contra Portugal, que no había prestado propicio oído á sus pretensiones ni la consideración extensa debida á sus méritos, le impulsó á buscar aquellas *Indias del oro* en que toda la Europa aventurera se abismaba en muda rivalidad después de las felices exploraciones de los navegantes lusitanos, y que se suponía que por la parte de Oriente se desarrollaban en tan desmesurada extensión continental que llegaban á comprender una parte importante del espacio nunca visto ni medido en los inciertos términos del Atlántico, donde Neptuno parecía negarse á aguantar naves en sus espaldas.

Colón se imaginaba que las islas que había descubierto felizmente en la alborada inmortal del 12 de Octubre de 1492 eran adyacentes á la tierra firme del Gran Catay que hipotéticamente había descrito su ninfa Egeria Marco Polo. Así, pues, en aquella célebre carta, primer documento ecuménico de su grandioso reconocimiento en el remoto Atlante, que de vuelta de su primer triunfo escribió, el 15 de Febrero de 1493, navegando por aguas de las islas Afortunadas, á Luis Santángel, y de que, desde el puerto de Lisboa, envió otra como copia á Gabriel Sánchez, noticiaba «*cómo en treinta y tres dias pasé á las INDIAS con la armada que los Ilustrisimos Rey y Reyna, nuestros Señores, me dieron; donde yo fallé muchas islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado possession por Sus Altezas con pregon y bandera Real extendida e non me fué contradicho*»¹.

La situación geográfica equivocada, como era natural, que Colón daba aquí á las tierras sorprendidas en el mágico embeleso de su primitiva virginidad, en el extremo Occidente del Océano, sirvió de primer denominativo de aquel mundo ignorado y desconocido que salía de súbito del negro abismo de los mares, como Venus recostada en su nacarada concha, velada por sus brumas y defendida por sus olas, con sus seductoras avanzadas de islas alegres, risueñas, opulentas y pintorescas. Por manera que en las distintas reproducciones y versiones que de aquellas epístolas se hicieron ya en la lengua original castellana, ya en la clásica y en la moderna del antiguo Lacio, en el mismo año de la sublime revelación (1493), el primer cognómen tomó derechos de naturaleza, aunque en diversas formas, pues en unas la *Carta de Cristóbal Colón* versaba sobre «*las islas halladas en las INDIAS*»; en otras trataba de «*insulis INDIAE SUPER GANGEM nuper inventis*»; en otras «*de insulis in MARE INDICO nuper inventis*»; en las italianas *delle diese esole di CANARIA IN INDIANA*; ó bien *delle isole che ha trovato nuovamente il Ré dispagna*; y finalmente en varias ediciones latinas, «*de insulis nuper inventis*» ó «*de insulis noviter repertis*».

En sus cartas posteriores, hasta su muerte, Cristóbal Colón nunca llamó sino INDIAS á los países de sus descubrimientos. «*Es de trabajar en haber la Gobernación de las INDIAS*», decía á su hijo D. Diego en una de las publicadas en la colección de Navarrete. «*Que las INDIAS se pierden y están con fuego de mil partes*», escribía en otra. En otra: «*á mi veer nada tiene tanta necesidad de se proveer é remediar como las INDIAS.*» En otra: «*los navíos de las INDIAS no han llegado de Lisboa.*» El título de honor que obtuvo de los Reyes Católicos fué el de *Almirante de INDIAS*. Fuera ó no, como dijo el P. José de Acosta (*De natura Novi Orbis*), á quien siguieron el cronista Antonio de Herrera en sus *Décadas* y el P. Fray Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana*, que Colón gustase y procurase darles este apellido «para en-

¹ De la edición de Viena (tip. Imp. y Real de la Corte, 1868), con tirada de 120 ejemplares, reproducida por TORRES ASENSIO en su *Pedro Mártir de Angleria* (Madrid, 1892).—Tenemos una noticia fidedigna de que la primera edición de la *Carta de Colón* se hizo en Sevilla. En los documentos del *Pleito de Colón* que bajo la dirección del Sr. FERNÁNDEZ DURO está publicando el Ministerio de Ultramar (tomo vij) el testigo Pedro de Tudela dice (pág. 411).—«Vido una carta emprimida en molde en la cibdad de Sevilla en la que Cristóbal Colón recontaba muchas yslas que avia descuberto.»

grandecer ó encarecer más su descubrimiento, el cual competía en oro, plata, piedras preciosas y aromas, de que tanto blasonaban los portugueses, con su India oriental», el nombre de INDIAS aplicado, desde antes de ser reconocidas, á las tierras oceánicas, consagró desde el principio de su empresa el error del gran navegante, á la sazón común á todos los hombres y dominios de la ciencia; por más que, posteriormente, algunos tratasen de explicarlo á su manera, aun consintiendo en su notoria impropiedad. Por ejemplo, nuestro sabio burócrata y legista D. Juan de Solórzano y Pereira, que escribió las dos obras magistrales tituladas *De Indiarum jure, sive de justa Indiarum occidentalium inquisitione, acquisitione et retentione* y *Política Indiana*, en esta última, cap. ij, pág. 6, dijo:— «Hechos estos descubrimientos y otros en la forma que se ha referido, se les comenzó á dar *vulgarmente* á las provincias occidentales y meridionales así descubiertas el nombre de INDIAS: porque, como en aquel tiempo se frecuentaba la navegación de los portugueses á la India oriental, que es la que propiamente lo merece, y se tiene, por aquella parte, por lo último de la tierra; descubiertas estas por los castellanos, que también ocupan y cierran los extremos de Occidente, las llamaron asimismo INDIAS, á imitación de aquéllas, aunque impropriamente.» Así el sabio consejero de los dos Supremos de Castilla é Indias obtemperaba con la crítica de Abraham Ortelio y otros geógrafos, el cual en la palabra *Atlantis insulae* de su *Thesaurus geographicus* calificó de incongruente y falsa aquella denominación. Otro escritor español, el P. Gaspar Sánchez en el capítulo ij, § 19, pág. 36 de su *Comento de Isaias*, adelgazaba todavía más la explicación de Solórzano, arguyendo «que era costumbre nuestra llamar INDIAS á cualquiera región apartada y antes no conocida, sin circunscribirse á la región asiática del *Hevilath* del Génesis en las Sagradas Escrituras; porque de las de este género fué la primera que se descubrió la que baña el río Indo.» En estas versiones el ingenio campea más latamente que la sinceridad. La aplicación del nombre de *Indias* á las tierras que se proponía explorar en el Océano desconocido, fué idea de Colón, anterior al primero de sus viajes é hija del error cosmográfico que padecía. No hubo en él acicate alguno de emulación contra Portugal, y como su error era el error de toda la ciencia de su tiempo, no *el vulgo*, como Solórzano dejó escrito, sino toda la opinión contemporánea acogió y aceptó el nombre propuesto, creyendo de buena fe que por el camino de Occidente había logrado tocar el último extremo de las tierras orientales. Los Reyes de Castilla se hicieron solidarios de este error y lo preconizaron en todos los actos de oficio, y todavía, en 1524, cuando el Emperador Carlos V, nieto de aquéllos, instituyó el Real y Supremo Consejo de Indias, el error se mantuvo subsistente respecto á las tierras atlánticas de Occidente, objeto de nuestras exploraciones, conquistas y civilización.

Por la inmensa grandeza de sus provincias, por la diversidad de las costumbres y ritos de sus habitantes y por las diferencias de los animales, árboles y plantas, no parecidas á las de Europa, que Colón y los españoles encontraron en las primeras islas que abordaron y en el vasto continente, que palmo á palmo fueron reconociendo

después, algunos sabios, que anduvieron remisos é inciertos en aceptar el dictado nacido del error capital de Colón respecto á las regiones que por vez primera abría al conocimiento de la humanidad, llamaron también á las Indias de Occidente *Nuevo Mundo*. Harrise, en su *Bibliotheca Vetustissima*, nos ha descrito, con referencia al propio año de 1493 en que Colón regresó victorioso de su primer viaje, un *Exemplar Bullae sive donationis auctoritate cujus Episcopus Romanus Alexander, ejus nominis Sextus, concessit et donavit Ferdinando et Elizabethae, Regi et Reginae Castellae, Legionis etc et suis successoribus Regiones et Insulas NOVI ORBIS*; y es difícil definir si este nombre de *Nuevo Mundo* nos lo mandaron de Roma á la Península los Sumos Pontífices de la Iglesia Católica, ó partió de la Península á propagarse por la curia romana y por toda la Europa estudiosa y culta. El caso es que Pedro Mártir de Angleria que, aunque milanés de origen, se había connaturalizado entre nosotros, lo usó desde el primer momento y casi exclusivamente por gran número de años. Desde Barcelona, el 14 de Mayo de 1493, noticiaba al caballero Juan Borromeo, conde de Arona, la vuelta de Colón *de los antípodas occidentales* ¹ y el 13 de Septiembre del mismo año, al cardenal-vicecanciller y vizconde Ascanio Sforza, que «cierto Cristóbal Colón, de la Liguria... ha llegado á los antípodas, más de cinco mil millas» ². Remachando más el clavo, el 1.º de Octubre, decía al arzobispo de Braga: «Cierto Colón navegó hacia el Occidente, hasta *los antípodas de la India*, según se cree» ³. No obstante, en 1.º de Noviembre, dirigiéndose otra vez desde la corte, al vizconde cardenal canciller, le decía: «Aquel Colón, descubridor del *Nuevo Mundo*, hecho por mis Reyes *archithalaso* del mar de las *Indias de Occidente*...» ⁴ Así sustituyó con el nombre de *Nuevo Mundo* el insostenible de los *antípodas occidentales*.

Pedro Mártir de Angleria mostró verdadero empeño en sus cartas y escritos sucesivos por fijar á las tierras incógnitas el apelativo de *Nuevo Mundo*. Dirigiéndose al conde Borromeo, el 21 de Octubre de 1494, desde Alcalá de Henares, le informaba de que «de día en día trae cosas admirables del *Nuevo Mundo* aquel Colón de la Liguria, que mis Reyes hicieron *Almirante del mar* por sus hazañas» ⁵. Á veces en estas misivas parece como que discute incrédulo las nociones de las tierras colombarias, y en carta dirigida, en 9 de Agosto de 1495, al cardenal D. Bernardino de Carvajal, desde Tortosa, le exponía que Colón abrigaba el convencimiento de que «no le faltó dos horas solares enteras para llegar al *Quersonesso aureo*», sosteniendo siempre, después de las exploraciones y reconocimientos de su segundo viaje, que aquella región era el continente de la *India del Ganges* ⁶. Con todo en sus cartas posteriores se abstuvo por mucho tiempo de llamar *Indias* á las tierras de Occidente. El 5 de Octubre de 1496 escribía al mismo cardenal de Carvajal: «Del *Nuevo Mundo*

¹ *Epist.* CXXX.

² *Epist.* CXXXIV.

³ *Epist.* CXXXV.

⁴ *Epist.* CXXXVIII.

⁵ *Epist.* CXLII.

⁶ *Epist.* CXLIV.

nuestro Almirante Colón ha traído muchas sartas de perlas orientales»¹. Y á Pomponio Leti, en 4 de Febrero de 1499², á Luis Hurtado de Mendoza, su discípulo, é hijo del conde de Tendilla, en 1513³ y 1514⁴, á los marqueses de Mondéjar y de los Velez⁵ y al mismo papa León X en 1515⁶, á todos transmitió noticias del *Nuevo Mundo*, ya anunciando al uno que cada día se descubrían cosas mayores, ya relatando al otro hazañas de Vasco Núñez de Balboa, ó costumbres singulares de los habitantes del Darien, ya, en fin, congratulándose de que el día de San Miguel el Sumo Pontífice hubiera leído por sí mismo á su hermana y á la mayor parte de los cardenales, á quienes había invitado, los opúsculos acerca del *Nuevo Mundo*, salidos de la docta pluma del humanista milanés establecido desde los tiempos de los Reyes Católicos en la corte de Castilla. Á pesar de todo, el nombre de las INDIAS sancionado por el tiempo y el general consenso en España, se impuso al tesón del ilustre maestro de nuestra juventud aristocrática, y desde 1519 apenas usó más que esta denominación favorita; de manera que en sus últimas cartas á los grandes, sus discípulos, y á los prelados, con quien se comunicaba, casi no volvió á hablarles de NUEVO MUNDO, sino de INDIAS; bien que á su obra magistral de las *Décadas* pusiere con preferencia el apellido de *Oceánicas*. (*De rebus Oceanicis et Novo Orbe decades tres*, etc.)

La literatura y la historia, desde aquel tiempo, indistintamente usaron de uno ú otro nombre, aunque prefiriendo el prixtino de *Indias* aplicado á sus descubrimientos por Cristóbal Colón. Con todo el círculo donde los intereses rivales de Colón y de España trabajaban sin descanso por disminuir la gloria de un éxito tan portentoso como imprevisto, se hacía cada vez más extenso, desde la primera noticia que de él se tuvo. Primero se inventaron contra el honor del gran navegante las novelas fabulosas de sus pretendidos predecesores; luego se le atacó desapiadadamente en sus prendas personales de gobierno y hasta de moralidad y no tardaron en aparecer en la palestra los descarados usurpadores de las aureolas de su genio. Las detracciones de los Pigafettas y Benzoni estuvieron precedidas de las falsedades inventadas por los Cadomosto y Montalboddo, los Bordone y los Beriot Paulmyer de Gonneville. Pero el apellido que mayor daño causó al renombre permanente y excelso del descubridor fué el de aquel hidalgo florentino, Américo Vespucio, que vino á España con recomendación de Lorenzo de Médicis y se estableció en Sevilla á la sombra y en la casa del opulento asentista Juan Berardi, que con otros mercaderes italianos había alcanzado del rey Fernando el Católico el salvoconducto de 16 de Julio de 1486, ratificado el 6 de Abril de 1490, y á quien se compró la nao de 150 á 200 toneles para el segundo viaje de Colón y en 1495 otros doce navíos de capacidad de 900 toneladas para ir y venir á las Indias.

¹ *Epíst.* CXLVIII. — Burgos.

² *Epíst.* CCII. — Ocaña.

³ *Epíst.* DXXXII. — Valladolid.

⁴ *Epíst.* DXL. — Valladolid.

⁵ *Epíst.* DLX. — Madrid. — *Epíst.* DLXI. — Plasencia.

⁶ *Epíst.* DLXII. — Guadalupe.

Como factor de Berardi intervino Vespuccio las primeras operaciones de provisión para las naos del descubrimiento; pero muerto Berardi en 1495, él se encargó de tener la cuenta con los maestros del flete y sueldo que hubieran de haber, según el asiento que Juanoto tenía convenido con ellos. En este empleo continuó hasta disponer todas las cosas y hasta despachar la armada en Sanlúcar, haciéndose de extensas relaciones, así con Cristóbal Colón, como con los pilotos y maestros y demás gente de importancia que había de llevar en sus naves. Ignórase desde 1495 á 1499 la vida de Vespucci; pero Alonso de Hojeda, en los *Pleitos de Colón*¹, al sostener que «fué el prymero que vyno á descobryr, despues del almyrante e descubryó al medyodya la tyerra fyrme, desde Parya hasta las Perlas e dende las Perlas fasta Ququivacoa, e que nunca lo avya descoberto ny tocado en ello asy el almyrante como otra persona,» añadió «que en este vyaje truxo consygo á Juan de la Cosa, pylo-to, Emerigo Vespuche é otros pylotos.» De ninguna otra expedición anterior, en que Américo Vespucci tomara parte tenemos noticias tan exactas. No obstante Canovai sin apoyo de documento alguno, dice á la pág. 123 de sus *Istoria e Vita d' Amerigo Vespucci* que había acompañado á Colón en los dos primeros del descubrimiento, es decir, en 1492 y 1493; y si el P. Las Casas aseveró que también se halló presente en la segunda expedición de Hojeda de 1502, Navarrete objeta con su discreción acostumbrada que de los autos promovidos por Vergara y Ocampo contra Hojeda no resulta que el mencionado florentino fuese en ella en 1502². De su sabiduría y destreza como hombre de mar no nos imponen otros hechos que las mercedes que obtuvo del Rey D. Fernando el Católico. En 1505 (24 de Abril) le otorgó la naturaleza en estos reinos, «en consideración á su fidelidad y servicios»; poco después, pero en el mismo año, por cédula expedida en Toro concedió á Amerigo Vespuccio «vezino de la cibdad de Sevilla», merced de doce mil maravedís y por último, en 22 de Marzo de 1508, se le nombró piloto mayor con 50.000 maravedís de acostamiento; pero no para que navegase, sino para examinar en su residencia de Sevilla á los que obtuviesen el mando técnico de buques antes de que tomasen posesión del pilotaje³. Estas gracias del Rey Católico no acabaron ni con la muerte de Vespucci, ocurrida en Sevilla el 22 de Febrero de 1512, pues á su viuda, María Cerezo, se le traspasó de por vida la pensión que disfrutaba su marido (28 Mayo 1512), y un sobrino de éste, Juan Vespucci, fué admitido al servicio real en las naos de la corona de Castilla. Esta protección, no justificada, á pesar de la nota de consideración puesta á su

¹ Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar.—Segunda serie publicada por la Real Academia de la Historia.—Tomo núm. 7.—I de los Pleitos de Colón.—Madrid: por los Sucesores de Rivadeneyra: 1892.—Págs. 205 y 206.

² NAVARRETE: *Noticias exactas de Américo Vespucci y reflexiones críticas sobre las relaciones de sus viajes*.—Tomo III de la *Colección de viajes*.—Apéndice, pág. 315.

³ ...«é porque es necesario que así para dicha navegación, como para otras navegaciones, que con ayuda de nuestro Señor, esperamos mandar fazer para descubrir otras tierras, es necesario que haya personas más expertas ...es nuestra merced que todos los pilotos en nuestros reinos y señoríos... sean instuidos é sepan lo que es necesario saber en el cuadrante é astrolabio... que non sean recibidos en los navios sin que primero sean examinados por vos Amerigo Vespuchi.»—R. C., Valladolid 6 Agosto 1508.

fidelidad y servicios en la cédula de naturalización, ha dado margen á la sospecha de que el Rey Católico, profesando mala voluntad hacia el navegante genovés, para humillarle con la rivalidad favorecida, había querido elevar á Vespucci sobre Colón. Mas Navarrete se inclina á creer que el político Fernando, más que abrigar una prevención injusta contra el descubridor ligurino por ser hechura de la Reina, á semejanza de la supuesta también respecto al Gran Capitán Hernán Fernández de Córdoba, lo que premiaba en Vespucci era cierto espionaje que había ido á ejercer por comisión del Rey en Lisboa para informarse bien de los propósitos que en Portugal se tenían de establecerse, á semejanza del Brasil, en cualquier otro punto de la tierra firme del Nuevo Mundo. De cualquier manera, en la vida del florentino favorecido, desde su expedición con Hojeda en 1499 hasta las mercedes reales de 1505, hay lagunas que no se llenan satisfactoriamente de una manera documental y de cuyo tiempo tal vez no nos quede otra nota acreditada que la carta de Cristóbal Colón á su hijo D. Diego, en Sevilla á 5 de Febrero de 1505, que dice así:

«MUY CARO FIJO: *Diego Mendez* partió de aquí lúnes tres de este mes. Despues de partido fablé con *Amerigo Vespuchi*, portador desta, el cual va allá llamado sobre cosas de navegación. El siempre tuvo desseo de me hazer placer: es mucho hombre de bien. La fortuna le ha sido contraria como á otros muchos: sus trabajos no le han aprovechado tanto como la razon requiere. El vá por mio y en mucho desseo de hazer cosa que redonde á mi bien, si á sus manos está. Yo non sé de acá en qué yo le emponga que á mi me aproveche, porque non sé qué sea lo que allá quieren. El va determinado de hazer por mí todo lo á él que fuere posible. Ved allá en que puede aprovechar, é trabaxad por ello, que él lo hará todo é fablará é lo porná en obra: e sca todo secretamente, porque non se haga dél sospecha.»

¿Qué comentario puede hacerse acerca de esta carta y del sujeto á quien se refiere, según la impresión que en el ánimo deja? Colón dice que Américo es un hombre infortunado; no obstante fía en su influencia en la corte, que parece debía ser mayor que la suya, cuando para asuntos de navegación se llamaba á Vespucci y no á él, cuya superioridad estaba tan probada; dice que Vespucci muestra mucho deseo de su bien, pero no se le ocurre asunto alguno propio en que empeñarle, y de cualquier modo es cosa que lastima todo afecto de veneración y de respeto tener que considerar á Vespucci, un hombre sin historia y sin hazañas, convertido casi en protector y Meceñas de Colón, trece años después de su sublime descubrimiento. ¿Era Vespucci uno de esos caracteres insinuantes, audaces, intrigantes y astutos, que saben sobreponerse por sus mañas y artes sobre la superioridad efectiva del mérito notorio é insigne? Los bosquejos de su vida que nos dejaron en el siglo pasado en Italia Angelo María Bandini en su *Vita e lettere di Americo Vespucci* (Firenze: 1745), Francesco Barlotuzzi en su *Ricerche istorico-critiche cerca alle scoperte di Americo Vespucci con l'aggiunta di una relazione del medesimo finora inedita* (Firenze: 1793) y el P. Stanislao Canovai en su *Elogio é Vita* (1793) del mismo, son un tejido de insolentes falsedades, en que se desfigura la historia y mal puede formarse por ellas idea

del hombre. Modernamente Mr. M. F. Force, en sus *Some observations on the letters of Amerigo Vespucci* (Cincinnati: 1883) que presentadas al Congreso internacional de los Americanistas celebrado en Bruselas, mereció que en España el Sr. Fernández Duro informase lata y doctamente de ellas á la Real Academia de la Historia (*Boletín*, t. VIII, pág. 296), se propuso salvar al hombre de la responsabilidad personal de los actos que se le imputan, echando todo su enorme peso sobre otros falsificadores peor intencionados; pero nada puede eximir á Vespucci de la nota del Padre Las Casas que en el lib. j. cap. CLXVII de su *Historia de las Indias* lo delató de «asaz claramente de falsedad convencido»; ni de la que con posterioridad ha hecho escribir á Mr. Henry Chartrin acerca de su violenta usurpación: «*C'est la fraude la plus gigantesque dont l'histoire ait gardé le souvenir*»¹.

Si excepción hecha de la expedición en que acompañó á Alonso de Hojeda, de España no hay noticia alguna documental que acredite tomó parte en ninguna anterior navegación, de las que se suponen por él hechas desde Lisboa al Brasil en servicio del rey D. Juan II de Portugal no se han logrado hasta el día más auténticos testimonios. Nuestro concienzudo Navarrete dirigió sobre éstas una extensa consulta al Vizconde de Santarem, director de los Archivos lusitanos de la Torre de Tombo. Así en su contestación, que textualmente fué publicada entre los apéndices y documentos de la *Colección de los viajes* de nuestro ilustre marino, como en las *Recherches historiques sur la découverte du Nouveau Monde et notamment sur les prétendus découverts d'Amérique Vespuce*, que el sabio portugués dió después á las prensas de París (1849), Santarem certificó que ni en la Torre del Tombo, hasta 1503 inclusive, ni en los 82.902 documentos del cuerpo cronológico, ni en los 6.095 del cuerpo de las Gavetas, ni en los numerosos paquetes de las cartas misivas de los Reyes y otros personajes, aparece en documento alguno el nombre de Vespucio; así como tampoco en el cod. 10.023 de la Biblioteca hoy nacional de París, titulado *Journal des voyages des Portugais depuis l'an 1497 jusqu'à 1632*, no mentándolo siquiera Damian de Goes, ni mucho menos la expedición de 1501 al Brasil que á Americo Vespucci se había atribuído. Contribuye toda esta ímproba exploración testimonial á tachar de apócrifos los escritos, en forma de cartas, dirigidos á su Mecenaz Lorenzo Pedro de Médicis, y á Pedro Soderini, que llevan el nombre del aventurero florentino á quien tanto favoreció nuestro Rey Católico D. Fernando, desde la muerte de la Reina Católica; pero no á salvarle de la responsabilidad que Mr. Force se propuso, admitiendo que con el nombre de Vespucci se hubiera podido cometer un abuso y una superchería, ya en París, en 1504, al publicar su tercer falso viaje, ya, en 1507, al reproducirlo con los anteriores y uno posterior, en Vicenza; pero en todo caso Vespucci no habría sido el único italiano que en aquel tiempo arrojó las nie-

¹ No ha faltado por esto en nuestro siglo un entusiasta admirador de Vespucio en competencia con sus antiguos panegiristas italianos: F. A. DE VARNHAGEN, en su *Americo Vespucci* (Lima, 1865); en *Le premier voyage de Amerigo Vespucci* (Viena, 1869), y en las *Nouvelles recherches sur les derniers voyages du navigateur florentin*.

blas de la mentira contra Colón, contra España y contra nuestros grandes descubridores y conquistadores, fingiendo hechos que no habían existido ó adulterando la verdad de los que acontecieron. Díganlo entre otros *La Historia del Mondo Nuovo*, de Girolano Benzoni y el *Primo viaggio intorno al globo tarracqueo ó sia Raggua-glio della Navigazione all'India Orientali per la via d'Occidente* de Antonio Pigaffetta y, antes de éstos, los opúsculos de Cadomosto y Franzano de Montalboddo. En razón del cargo que Vespucci desempeñaba en Sevilla en casa de Juanoto Berardi trabó relaciones con Colón y con los pilotos, maestros y demás hombres de mar que le acompañaron en las primeras navegaciones; oyó de los labios de todos relatos exaltados, prestó propicio oído á las murmuraciones de los descontentos, á las maravillas de los asombrados y á las impresiones de todos y se sirvió, para escribir sus cartas, de los datos y noticias más disconformes, pues como Pedro Mateos declaraba en los *Pleitos de Colón* (pág. 152), «este testigo escribyó en un libro que tengo (yendo con Colón de marinero) todas las sierras é ríos que vyó, é así lo hazían todos los más que allí yvan»; y como las sierras y los ríos, anotarían los sucesos, siendo fácil comprender los errores que gente indocta y mal informada cometería en semejantes apuntes, que pudieron luego servir de base para cartas como las de Vespucci.

La importancia dada á estos escritos consiste en que de ellos y de los mapas que se supone que Américo trazó ó copió, salió el error inmenso, así de haberle atribuído el primer descubrimiento de la tierra firme ó continental del Nuevo Mundo, como el de haber aplicado su propio nombre á todas aquellas tierras occidentales. La primera de estas dos cuestiones, es decir, la prioridad en el reconocimiento y ocupación de tierras del continente, fué objeto de un largo litigio entre los descubridores de España misma, que duró desde 1508 hasta 1527, en cuyo tiempo declararon ya en pro ya en contra, multitud de testigos. Del número de éstos era el adelantado D. Bartolomé Colón, hermano del Almirante, los descubridores Alonso de Hojeda, Vicente Yáñez Pinzón y Rodrigo de Bastidas, los pilotos y maestros de naos Andrés de Morales, Bartolomé Roldán, Pedro de Ledesma, Nicolás Pérez, Antonio Sánchez, Francisco Niño, Juan de Xeres, Juan Rodríguez y Juan Quintero, y una multitud de marineros de Palos, de Sevilla y de otros puntos, muchos avecindados en Indias, y que habían tripulado antes las carabelas y navíos que Colón llevó á sus expediciones. ¿Quién entre aquellos compañeros de sus glorias y trabajos había de negar al ilustre genovés el tributo del respeto conquistado? Rodrigo de Bastidas declaró «quel Almyrante don Cristobal Colon fue el principio de descubrir estas Indias, é que los otros que descubrieron en estas partes, fué por la yndustria del dicho Almirante, é que él así lo fizo (pág. 187)». Juan de la Cosa y Jerónimo, su hermano, decían «que por lo quel Almirante les había mostrado, sabían lo que sabían destas partes, é hablaban con mucho loor del Almyrante é de su ciencia en el arte de la mar (pág. 417)». Miguel de Toro, «estando en el Real de Granada, oyó á muchas personas que dezían é publicavan de la manera quel dicho Almyrante avia descubierto estas tierras, é que dezian que sy el Almyrante no tomare esta empresa, que no oviere en

la tierra quien saliera con ella (pág. 417)». Esta era la opinión más uniforme entre la gente discreta y sabia. Francisco de Farias la reprodujo, diciendo que «muchos de Castilla están que sy el dicho Almirante Don Cristobal Colon no descubryera lo que descubrió, nadie se pusyera en ello, porque no lo sabyan como él (pág. 123)». Pedro Salcedo «tenia al dicho almyrante por uno de los mayores ombres del mundo en sus tiempos del arte de marear y para descubryr», y no creía «que sy el no descubryera lo que descubryó, nadie se pusyera en lo descubryr (pág. 111)». A Johan Quintero le parecía que «el dicho don Christoval a seydo e es cabsa de se ganar todas las Indias e tierra firme que está descubierta; porque este testigo fué con el dicho don Cristoval Colon quando se descubryó á Paria, é á todas las tierras que descubryó, é porque la dicha Paria es la entrada en la tierra firme (pág. 351)». Baltasar Calvo añadía: «Por lo que el dicho don Cristobal Colon descubryó, por esta cabsa se a descobyerto lo demás (pág. 347)». Opinaba Lorenzo de Armada «que si no fuese por la yndustria del dicho Almyrante, no fuesen tan pronto descobyertas las dichas yndias, porque, antes que se descubryeran, oyó dezir á muchas personas que, partiendo de Castilla fasya el hueste, que no se podia hallarse tierra» (pág. 403). Y por último, Vicente Yáñez Pinzón también estaba persuadido de que «si el dicho Almyrante Don Cristobal Colon no descubriera estas partes, que ninguno se atreviera á venir á descubrillas (pág. 391)». Juan Gil oyó decir muchas veces «que en especial Juan de la Cosa lo que sabya lo deprendió del dicho Almyrante», (pág. 406) y Pedro de Arroyal vió como el dicho Almyrante al regresar del primer viaje, «mostró á Juan de la Cosa las cartas de marear que fazia é Juan de la Cosa las dibuxaba, é que de allí el dicho Juan de la Cosa tomó noticia para venir en aquellas partes (pág. 149). De esta manera y con estas enseñanzas, según depone Pedro de León (pág. 332) los que le sucedieron, como Alonso de Hojeda, «vinieron por el punto de la costa que el Almirante hizo» (pág. 332)¹. Contra este común dictamen, cuya notoriedad excluye toda necesidad de comprobación, se pronunciaron únicamente los inventores de las navegaciones fabulosas precolombianas, los que crearon los mitos de Alfonso Sánchez de Huelva, Martín de Bahaim, Juan Cousin, los hermanos Zeno, el príncipe Medoc de Gales y los decantados escandinavos, y los preconizadores de los viajes de Americo Vespucci, no menos supuestos y falsos que todas las expediciones novelescas de aquellos navegantes que en su mayor parte fueron, como sus hazañas, enteramente imaginarios.

Del único viaje que hizo Vespucci de que se conservan noticias fidedignas, del de 1499 con Alonso de Hojeda, se sabe que no desempeñó en él papel principal, si-

¹ Colón no sólo descubrió islas y tierra firme, abriendo el camino á todo el descubrimiento, sino que procuró impulsar los sucesivos hasta el término total de la empresa por él comenzada. En el *Pleito* referido el testigo Lorenzo de Armada dijo que «lo vido platicar con el dicho Juan de la Cosa muchas cosas de lo por descubrir» (pág. 404). En otro lugar dice que «oyó lablar al dicho Almyrante muchas veces que á la parte del sur avia una navegacion de tierras muy ricas e que por esto cree que se guyaron los que después fueron» (*lug. cit.*). Bartolomé Ruiz decía, como acicate de los demás descubrimientos, que como «el Almirante Don Cristobal Colon despues de descubrir (*el Paria*) se fué á Castilla, é allí se supo como avia tierra mas adelante, armaron algunos armadores é vinieron á la dicha tierra del Paria é pasaron mas adelante» (pág. 336).

no que Hojeda, «el primero ombre que vino á descubrir después que el Almirante», lo truxo consigo con Juan de la Cosa, y otros pilotos. Sólo Pizarro y Orellana en sus *Varones Ilustres de Indias* dice que Vespucci llevó entonces el puesto de *cargador*. Esto, no obstante, considerado como gran cosmógrafo y conocedor de las cosas del mar, Vespucio con Hojeda fué á recalar en las cercanías del Ecuador, hacia la Guayana, y siguió descubriendo la costa hasta la isla de la Trinidad y golfo de Paria, donde los expedicionarios hallaron señales y fueron informados por los indios de haber estado antes el Almirante ¹. ¿Cómo podía considerarse á Américo primer descubridor, ni aun contarse entre la falange gloriosa de los Alonso de Hojeda, Juan de la Cosa, Rodrigo de Bastidas, Vicente Yáñez Pinzón, Juan Díaz de Solís, Diego de Lepe, Pero Alonso Niño, Cristóbal Guerra, Alonso Vélez, Nicuesa, Escalante, ó Vasco Núñez de Balboa? Pero las navegaciones atribuídas á Vespucci no fueron entonces al servicio de España, aunque en España vivía y avencidado en Sevilla, sino al de Portugal, y como el descubrimiento de la costa de Paria por Colón se verificó en 1498, él adelantó la época de su viaje al año 1497.

La bibliografía de las cartas de Vespucci ocupan una parte considerable de la *Bibliotheca Americana Vetustissima* de Henry Harrise y del suplemento (*Additions*) con que la completó. La primera que se publicó en 1502 fué la del supuesto tercer viaje, y estaba dirigida á Pierfrancesco de Médicis. El veronés Giocondo la tradujo al latín, para universalizarla más, y en este idioma se reprodujo en París el mismo año en la imprenta de Juan Lambert. Once ediciones sucesivas se hicieron de ella, y traducida al alemán, en 1504 se reimprimió en Augsburgo, en 1505 en Strasburgo y en 1505 en Nuremberg. En las ediciones latinas á veces no lleva más titulares que las de *Mundus Novus* ²: otros ejemplares se titulan *Mundus novus: de natura et moribus et caeteris generis gentisque in novo mundo, operâ et impensis serenissimi Putugalliae Regis superioribus annis invento*. El prestigio que alcanzó esta carta estribó en su propia falsedad. Los espíritus estaban tan dispuestos á lo excepcional y maravilloso, que la pintura de las costumbres de los indios y los curiosos detalles personales que de nuestros navegantes se daban, aunque inspirados en los dominios de la novela, convirtió en viva y amena la lectura del *Mundus Novus* de Vespucci, é hizo que su éxito fuese completo. Superó con mucho al del *Libretto de tutta la navigatione di Ré di Spagna de le isole et terreni no-*

¹ «... é por los Indios de aquellas provincias ovieron plática de aver llegado el Almirante por allí.»—*Pleitos de Colón*: declaración de Miguel de Toro; pág. 418.

² *Mundus novus: Albericus Vespucius Laurentio Petro de Medicis salutem plurimam dicit* (Sine anno aut loco). No solamente en latín se encuentra la diferencia del nombre de *Americo* translaticio del de *Albericus*, sino que, así de este como del apellido *Vespucci* se hallan en autores y documentos muchas modificaciones. ALBERICUS (Madriano, Ruchamer, Lambert); EMERIC (Du Redoner); ALBERICO ó AMERICO (Gomara); AMORIGO (Al. de Hojeda); AMERRIGO (Muñoz); AMERICUS (P. M. de Angleria); ALMERIGO FLORENTINO (Vianello); AMALRICH (Von des Hagen); ALBERTUTIO VESPUTIO (Montalboddo). Jules Marcou completa estas variantes con las de AMERGIO, DAMERIGHO, ARMENICO, EMERIC, AIMERIC, ALMERIC y AMERIC, diciendo que todos son diminutivo de ALBERTO. Respecto al apellido, las variantes más notables son: DE ESPUCHE, VESPUCHE, DESPUCHI, VESPUCCIO y VESPUCHY.

vamente trovati que se publicó en Venecia por Albertino Vercelle en 1504, y que no era otra cosa que la versión al italiano de la primera *Década Océánica* escrita en España en latín por Pedro Mártir de Angleria, de la cual, comunicada por éste á Angelo Trevisano, secretario del embajador véneto Dominico Pisano, sacó aquél copia que envió al mediocre historiógrafo Malipiero, quien se apresuró á traducirla y darla á la estampa. Aunque fruto de tan feroz rapiña, era este opúsculo un escrito serio y verídico, que en la opinión no prosperó; mientras que en la carta dirigida por Vespucci á Lorenzo Pedro de Médicis el nombre del autor de tal modo se asoció al asunto de que trataba, que ya el vulgo y hasta la gente docta no los separó jamás, y al salir á luz la *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi, data in Lisbona di a 4 di settembre 1504*, sabios y vulgo se apresuraron á recogerla, á traducirla y á propagarla, dándola los vientos mayores de la publicidad posible.

Harrise, á pesar de su extremada diligencia y curiosidad, no ha podido haber ni describir la edición francesa de las *Cuatro Navegaciones*, de la que parece procede la primera latina de 1507 (*Quattvor Americi | Vespucci Navi | gationes || Ejus qui sub sequentem terrarum descriptionem vulgari gallico in latinum transtulit*). La edición italiana, que se generalizó tanto como las anteriores, y que se atribuye á Antonio Franzano de Montalboddo, apareció en Vincenza con el título de *Paesi nouamente ritrovati et Nouo Mondo da Alberico Vesputio, Florentino, intitulado* ¹. Por el contexto de este opúsculo se colige que las cartas de Vespucci debían originalmente haber sido escritas en castellano; pues la obra está dividida en partes y libros, y el LIBRO CUARTO lleva por encabezamiento: *In comenza la navigazione del Ré de Castiglia delle Isole & Paesi nouamente ritrovati* y el LIBRO QUINTO, *El Nouo Mondo de lingua spagnola interpretato in idioma romano*. Con todo Mr. Force (*Some observations on the letters of Amerigo Vespucci*) profesaba la creencia de que estas cartas ni se habían impreso, ni acaso circulado en España y Portugal, sino en Francia, Alemania y los Estados del Norte de Italia, á pesar de la evidente referencia del P. Las Casas á ellas, que por reconocerlas originarias de Vespucci y por los desastrosos resultados que dieron contra la gloria de Colón, le merecieron la grave acusación de que el aventurero florentino había quedado «asaz claramente de falsedad convencido.»

Sea lo que fuere en estos documentos comentados, ó por la ignorancia del vulgo á su manera, ó por la malicia de los políticos y de los sabios con su deliberada intención, se produjo el primer dictado del *Nuevo Mundo de Américo*, y los miembros del *Gymnasium Vosagense*, de Saint Dié, ciudad de la Lorena, según unos, ó la audacia del escritor Martín Waltzemüller, que se ocultó bajo el pseudónimo de *Hylacomylus*, según otros, completaron la obra de sintetizar en una sola palabra, *América*, que ya se empleó como denominativo común de todas las tierras atlánticas de los descubrimientos oceánicos, la frase antonomástica del *Mundus Novus de Américo* con que se designaban sus *Quattuor navigationes*. El profesor de la facultad de letras de Dijon,

¹ Otra edición hay de Milán de 1508, atribuída á Alexander Zorzi.

Paul Gaffarel (*Histoire de la decouverte de l'Amerique depuis les origines jusqu'à la mort de Cristophle Colomb*; París 1892: tom. ij, cap. XII, pág. 39), imbuído bien de las investigaciones eruditas que con admirable diligencia había vaciado el sabio Marie Amand Pascal de Castera Macaya d'Avezac en su opúsculo precioso sobre *Martin Hylacomylus Waltzemüller, ses ouvrages et ses collaborateurs* (París: 1867), ha tejido toda una leyenda, á la francesa, á la participación que la Academia mencionada de la ciudad de los Vosgos tomó en la triste usurpación que quitó á Colón, al Atlante y á España, el honor de haber dado un nombre propio (*Colómbida, Atlántida ó Hispánida*), al mundo desconocido arrancado al secreto del remoto Océano, por el genio y la fe del navegante januense y el valor intrépido y la constancia de los españoles. Pero ya saliese del *Gymnasium Vosagense* y de la colaboración de sus miembros, casi todos cultos humanistas con escasas nociones ni aun de las generalidades cosmográficas y geográficas y aun más ignorantes de los recientes descubrimientos oceánicos, la *Cosmographiæ Introductio cum quibusdam geometriæ ac astronomiæ principiis ad eandem necessariis*, á la que se agregaron *Insuper quatuor Americi Vespucci navigationes*; ya fuera esta obra entera producción del erudito Waltzemüller, que, según Gaffarel reunió los trabajos de todos los académicos y les dió unidad, este fué el primer libro en que á nuestras llamadas *Indias y Nuevo Mundo*, denominaciones geográficas insostenibles, se les dió el nombre de AMÉRICA.

El autor de la *Cosmographiæ Introductio* oponiendo á los seis climas descritos por Ptolomeo en el hemisferio boreal otros seis climas en el hemisferio austral, colocó en el sexto clima el Sur del África, Zanzibar, Ceylán, y añadía: «la cuarta parte del mundo, que es lícito llamar *Amerigen*, es decir, tierra de Amerigo, puesto que Amerigo la encontró...» (*In sexto climata antharticum versus, et parts extrema Africae nuper reperta, et Zanzibar, Java minor et Senla insulae, et quarta orbis pars; quam quia AMERICUS invenit, AMERIGEN, quasi AMERICI terram, sive AMERICAM nuncupare licet, sitae sunt.*—*Cosmogr. Introd.*—iij hoja Aiiij.) Un poco más adelante (hoja XV Aiiij) se encuentra este otro pasaje:—«*Nunc vero et hae partes (Europa, África, Asia), sunt latino lustratae, et alia quarta pars per AMERICUM VESPUTIUM, ut in sequentibus audietur, inventa est, quam non video cur quis jure vetet ab AMERICO inventore, sagacis ingenii viro, AMERIGEN, vel quasi AMERICI terram, sive Americam dicendam: cum et Europa et Asia à mulieribus sortita sunt nomina* ¹.» Á la iniciativa del *Gymnasium Vosagense* ó de Martín Waltzemüller siguió en 1509 otro acto del que se puede sospechar que aquella era una propaganda organizada. De la *Cosmographiæ Introductio* se habían hecho ya varias ediciones, que circulaban profusamente por Alemania, Holanda, Inglaterra, Francia y una parte de Italia. En 1509 apareció en casa del impresor Grüniger, de Strasburgo, un *Globus mundi: declaratio sive descriptio mundi et totius orbis terrarum*

¹ «Estas partes del mundo, Europa, África y Asia, han sido exploradas con toda latitud; y como se probará en lo que sigue, otra cuarta parte ha sido descubierta por Americo Vespucci; por lo que no hallo el derecho que se oponga á que del descubridor Americo, hombre de ingenio y sagaz, se llame AMERIGEN, es decir, tierra de Américo ó AMÉRICA, puesto que Europa y Asia de mujeres recibieron sus nombres.»

globulo rotundo... donde la palabra AMÉRICA volvía á hallarse en el capítulo IV de la descripción de la tierra. Estos globos y otros mapas que ofrecían la misma novedad se expendían á bajísimo precio, con lo que corrieron y se vulgarizaron mucho ¹.

Á partir desde esta fecha el nombre *América* poco á poco ocupa é inunda todos los palenques de la ciencia, principalmente en Alemania. La *Lettera di Amerigo Vespucci* y la *Cosmographiae Introductio* no dejaron de reimprimirse con frecuencia hasta la mitad del siglo XVI. Johannes Schönes de Banberg en su *Suculentissima quaedam terrae totius descriptio* (1515) consagró un capítulo, el xj. fol. 60, á discurrir: *De America quarta orbis pars*, y copiando el pasaje de Waltzemüller sobre el nombre tomado del de Vespucci, supuesto descubridor, añade, «*qui iam reperit anno domini 1497.*» Johannes de Stobniza comentando á Ptolomeo, en 1519 (*Introductio in Ptolomei Cosmographiam: Cracoviae: per Jeron. Víctor: 1519*); Juan Camers en la *Enarrationes C. Julii Solini* en 1520 (Viena de Austria, por Juan Singren) y en 1522 Joachinus Vadianus en los *Pomponii Melae de orbis libri tres* (Basilea) y Laurentius Phrisius en *Claudii Ptolomei Alexandrini, mathematicorum principis, opus geographiae noviter castigatum et emaculatum additionibus raris* (Strasburgo) se declararon secuaces de Waltzemüller, aceptando el nombre de *América* para la cuarta parte de la tierra y la explicación de su origen. El polaco Stobniza así escribe (fol. 5) «*Similiter in occasu ultra Africā et Europā magna pars terrae, quam ab Americo v^o repleto americā vocāt, vulgo aut nouus mūndus dicet.*» El austriaco Camers dice: *Anno 1497 hac terra cum adiacētibus insulis invita est per Columbum Ianuensem ex mandato regis castellae AMERICA puincia.*» El suizo Vadianus al folio 4 explica el reciente descubrimiento y el nombre atribuído «*AMERICAM, á Vespuccio repertam*», y el alsaciano Lorenzo Phrisio, dice que todo el mundo debe elogiar á Americo descubridor «*Americae terrae, quam hodie AMERICAM, NOUVM MUNDUM uel quartam mundi partem vocant.*»

En 1524 Pedro Apiano (*Isagoge in typum cosmographicum: Landshut: por Juan Weysenburgen*) estimaba *non inmerito* que «*ab Americo Vespuccio, ejusdem inventore, nunc quarta pars terrae dicitur AMERICA*». De esta opinión fueron Henricus Glareanus (1527), Gemma Phrysius (Anvers: 1529), Grynoeus (Parisiis: 1532). Sebastianus Munsterus (1559) y Josephus Honterus (Zurich: 1550). Una poderosa corriente dirigida por todos los hombres científicos de Europa, en tácita complicidad, extendía cada vez más el admitido error cuya universalidad aseguraba en la Hesse Hans Staden Homberg (Masbourg: 1557), en Alemania Nicolás Federmann (Haugenau 1557) y Ulrich Schmidel de Straubing (Nuremberg: 1559). En Francia Andrés Thevet, quiso aprovecharse en 1585 de la anarquía común, para dar el

¹ El Tritemio, según Cancellieri, en carta de 1510 dirigida á Julio Veldic, atestiguaba haber adquirido un mapa con las islas y tierras continentales halladas por Vespuccio y titulado *Globum terrae in plano expansum cum insulis et regionibus noviter ab Americo Vespuccio hispano inventis*. Monsignor Alessandro Giraldini en su *Itinerario* de 1516 escribió: «*ad partem maximi illius continentis quam AMERICAM appellant, perveni*»; y en su *Memorial á León XI* añade: «*in insula illa quae Europa et Assia est major, quam indocti continentem Asiae appellant et alii AMERICAM vel Pariam nuncupant.*» Aceptada la versión de Giraldini, el dar á América un verdadero nombre geográfico, no fué cuestión de rivalidad ni malicia, sino urgente necesidad de la ciencia.

nombre de *La France antarctique* á los países visitados en la expedición de Villagagnon. El nombre, por el camino de Holanda y Flandes, feudos del Emperador Carlos V, ya desde los tiempos de éste había penetrado en España, y el Sr. Fernández Duro publicó entre los apéndices de su *Nebulosa de Colón* (Madrid, 1890, pág. 243) el poema inédito de Alvar Gómez de Cibdad-Real, señor de Pioz, titulado: *De mira Novi orbis detectione, poetica prolusio*, cuyos dos últimos versos dicen así:

*Sic Dominumque, Deumque agnovit AMERICA Christum,
Romanamque Fidem et verae pietatis amorem.*

Alvar Gómez de Cibdad-Real murió en 1538, y es lícito suponer, puesto que no se conoce otra, que esta fué la primera producción de pluma española en que el nombre de AMÉRICA, que era una usurpación evidente á la gloria de un hecho conocido, fué aceptado con aplicación al Nuevo Mundo.

Contra el nombre de AMÉRICA, que desde el principio del siglo XVI se venía propagando en la forma que queda relatada, no empezaron á pronunciarse protestas hasta casi el final del mismo. La España oficial y la Italia Pontificia siguieron invariablemente llamando *Indias* al Nuevo Mundo é *Indios* á sus habitantes. Lorenzo Gambara, que en 1585 publicó un poema latino *De Navigatione Christophori Columbi*; Bartolomé Ricci, que insertó una notable carta á la cabeza de este libro, y Julio César Stella, que, en 1590, dió á la estampa su *Colombeida*, cuidaron de no mentar siquiera la palabra AMÉRICA; mas en el terreno científico Abraham Ortelio, que bajo los auspicios del rey de España Felipe II y con la colaboración de nuestros más ilustres hombres de saber, se entregó profundamente á los estudios geográficos, habiendo producido aquel *Theatrum Orbis Terrarum*, primera colección sistemática de cartas, que la constituyen en monumento de la geografía de su tiempo, ya en el *Thesaurus geographicum* que precedió en las prensas de Plantino á aquella obra, discutió, aunque brevísimamente este punto, diciendo en el verbo *Atlantis insulae* que mejor que el de *América* convenía al Nuevo Mundo el nombre de *Amazonia* ó de *Orellania* como á la India del Indo, ó bien que, transigiendo con todo, á la parte boreal se le llamase *Columbana*, y *América* á la austral. El P. José de Acosta (libro j., cap. xiv. pág. 36) optaba mejor por el de *Antillana*, con cuyo parecer se conformaron el cronista Antonio de Herrera (Dec. j. lib. j. cap. VI, pág. 23) y Fr. Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana* (lib. j. cap. xij); pero el italiano Maffei, el portugués Barros, Damariz y otros eran de dictamen que el nombre que á las tierras occidentales convenía era el de *Orbe Carolino*, en honor y memoria del Emperador Carlos V, por lo que en su reinado adelantaron los descubrimientos. Sin embargo, si éste era el concepto que en tal y tan tardío pleito hubiera de prevalecer, lo más equitativo habría sido la opinión de D. Fernando Pizarro y Orellana que de los nombres

de los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel, formó el de *Ferisabélica* ¹. Un jesuita español, de Valencia, el P. Tomás Serrano, se mostró más exclusivo, y votando por la denominación de *Isabela* del solo nombre de la Reina, le consagró con tal motivo un epigrama encomiástico latino, que decía así:

*Novum Orbem Isabellae potius, quam
Americae nomine appellandum
Par: nova terrarum, Nympham mentita severam,
In somnis nuper sic mihi visa queri est.
¿Cur, America, boni, vobis ego dicor, Iberi?
Qui prius invenit, non Americus erat.
Visa prius fueram tellus ignota Colombo:
Par erat, et potius dicta Columba forem.
Sed nec debueram privato nomine nosci
Regina Oceani, maxima Diva maris.
ISABELLA suo me nomine dignaretur:
Illius auspiciis quippe relecta fuit.
Tres Nymphae ut priscis fuerunt nomina terris:
Fecisset terris sic nova Nympha novis* ².

Gerardo Mercator y Peters op Opmeer se pronunciaron en favor del nombre de *Islas Atlánticas*, y Tomás Porcacci por el de *Tierra de Santa Cruz* ³. Por último nuestro erudito Calancha quiso aplicar al Nuevo Mundo el nombre de *Colonia* ó *Columbania* (libr. j. cap. IV) ⁴. Y como la cuestión se había discutido entre los sabios también desde 1535, Sebastián de Munster no admitió, en 1550, la versión de Waltze-müller, que sin pensarlo tal vez quedó definitiva, sin observar que más propiamente que *América* debía haberse llamado *Hispanica* al mundo de Occidente, pues por

¹ «Y los historiadores que escribieron estos hechos fué con tanta confusión y tan ciegamente que aun erraron en el nombre que pusieron á esta cuarta parte de las mayores y más ricas del mundo; pues se ajustaba mejor y con más apta propiedad que el nombre de *América* el nombre de *Fer-Isabélica*, por haberla conquistado en su nombre y con las joyas de la Reina Doña Isabel, con la autoridad que le dió su católico y poderoso Rey Don Fernando, y su glorioso nieto el Emperador Carlos V... Y así, llamar á esta riquísima tierra, *cuarta parte del Mundo*, FER-ISABELICA, grande acierto hubiera sido, como llamó á la primera ciudad que pobló Cristóbal Colón; que fuera bien se continuara con el nombre de Isabel á lo que se descubrió con este nombre, pues se le había dado en el tal punto, y no se padeciera la justa censura que algunos dan de que se llama *América* por Américo Vespucio, que ni la descubrió ni conquistó.» — PIZARRO Y ORELLANA: *Varones ilustres del Nuevo Mundo*. Madrid, 1639.—*Prefacio*.

² SERRANI VALENTINI, *Carmunum libri IV*: Fulginiae: 1788, p. 85.

³ En un mapa impreso en Roma en 1507 para ilustrar un *Ptolomaeus*, entre cuyas obras se contiene la Geografía (*in hoc opere haec continentur: Geographiae Cl. Ptolomaei...*) aparecen indicadas las tierras nuevamente descubiertas con este título: TERRA SANCTAE CRUCIS MUNDUS NOVUS.

⁴ La opinión de que al Nuevo Mundo debió aplicarse un nombre derivado del de Colón, tuvo quienes la profesasen, aunque no sin contradicción, dentro y fuera de España. SAMUEL SEWAL, en su *Phaenomena quaedam apocalyptica ad aspectum Novi Orbis configurata*, impresa en Boston, en 1697, propuso que América cambiara su nombre por el de *Colombina* de COLÓN. NUESTRO FERNANDO DE MONTESINOS, en sus *Memorias históricas del Perú* (Mss. de la R. Acad. de la Hist., Colec. Muñoz, t. clv, cap. I, lib. j), dice que Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Crónica* (lib. iij, cap. iij), y el P. Hore en su *Símbolo indiano* (fol. 23, § 8), convenían en que al Nuevo Mundo se le llamase *Colonia* de COLÓN; pero tenían contra sí al Inca Garcilaso, Bernardo de Alderete y Torreblanca, que opinaban se le llamase *Alfonsina de Alonso Sánchez de Huelva*, el de la fábula del descubrimiento anterior á Colón.

España «*Christophorus Columbus, anno Christi 1492, primum invenit*». Todavía quedan tres nombres españoles protestantes de la denominación de América que es justo recordar. Es el primero el P. Tomás de Maluenda (*Antecristo*: lib. vij. capítulo XVI) que, contradiciendo á Abraham Ortelio, por haber cohonestado con el nombre de *América* en la tabla 5.^a de su *Theatrum Orbis Terrarum*, expone que si Américo Vespucio Florentino, no fué sino compañero de Alonso de Hojeda y otros descubridores españoles en las primeras navegaciones á Indias, á éstos y no á él correspondía el honor que él usurpó. Maluenda censura al que cometió tal falsedad «en grave perjuicio de la honra y gloria de Cristóbal Colón», y se asocia á la opinión de Antonio de Herrera de que en la prueba del *Pleito de Colón*, comprobada no sólo por parte de los interesados, sino por la del fiscal y los testigos, quedó más declarada la cautela de Américo Vespucio, en atribuirse la gloria ajena (Dec. j. libr. vij. página 5). Por dos veces trató de esta materia Solórzano Pereira, en 1647, en su *Política Indiana* (lib. j. cap. XI págs. 6 y 7) y en 1672 en su obra *De jure sive de justa Indiarum occidentalium inquisitione, acquisitione et retentione* (lib. j. cap. IV, página 21). La parte que con toda extensión consagra á esta materia, *De Occidentalibus et Meridionalibus Novi hujus Orbis regionibus et cur Indiae America dictae* ocupa principalmente el párrafo 5.^o ó sea *Americæ nomen falso impositum Orbi Novi à Columbo reperto*; el 8.^o que trata de *Americi fraus et impostura à Columbo coram Regio Senatu convincitur*; el 9.^o en que sostiene que *Alphonsus Oxeda, magis quam Americus Novi Orbis inventor, dici debierunt*, y el 10.^o donde relata *Americi fraudem plures auctores aperuerunt*. Ninguno de estos escritores reconoce la autenticidad de los viajes atribuidos á Vespucio fuera de la conducta de los navegantes españoles; pero ninguno pone en duda la autenticidad de sus cartas dirigidas á sus Mecenas de Italia, principio y base de la usurpación realizada. Por último Gallardo nos da noticia de un Ms. de 1632, procedente de la ciudad del Cuzco y examinado por él en la Biblioteca episcopal de Córdoba, original del licenciado Antonio de Robles Cornejo, natural de Salamanca, y protomédico del Rey Felipe IV, y relativo á *los venenos, según la doctrina de los médicos antiguos y modernos*, en uno de cuyos tratados, el de la piedra armenia que se halla en los reinos del Perú, escribe lo siguiente:—«Esta cuarta parte del mundo descubierta por Cristóbal Colón el año de 1492, por orden y á expensas de los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, tiene dos nombres diferentes, ninguno de ellos con acierto; porque llamarle *América*, es darle á Américo Vespucio ó Vespuchi, como otros llaman, la gloria que no merece; porque si ésta se debe al primer descubridor de cualesquiera provincias, y diez años después de descubiertos por Cristóbal Colón y los Pinzones, pilotos del Algarbe, pasó Américo á ellas, sin razón ni causa urgente se le impuso el nombre de Américo, usurpando la gloria de tan grande hazaña á su primero descubridor»¹.

¹ También VETANCOURT, *Teatro mexicano*, México, 1698, cap. VII, part. j, trata en términos análogos de esta cuestión, y discute sobre la impropiedad de llamar al Nuevo Mundo *Indias ni América*.

Mientras en España, donde Américo Vespucio, aunque florentino, había alcanzado la misma carta de naturaleza que Colón, si bien no motivada de tan ínclitas hazañas, al cabo se emprendió esta guerra de protesta contra el fraude que representa la denominación geográfica otorgada al Nuevo Mundo por los que lo mismo en la ciudad de los Vosgos y en Vincenza, que posteriormente en París, Cracovia, Nuremberg, Basilea, Viena de Austria, Strasburgo, Amberes, Landshut, Zurich, Marbourg, Hagenau, y otras ciudades importantes de Europa, sostuvieron contra Colón la conspiración de la ciencia, en la usurpación de su nombre á su sublime descubrimiento, en Italia los florentinos hicieron en pro de Vespucio y en contra del ilustre saonés una guerra casi escandalosa de más de dos siglos. Allí, no sólo se deliberó sostener la legitimidad del error padecido en el *Gynnasium Vosagense*, bajo la protección del Duque Renato de Lorena, sino que, hasta con la apelación ó la falsificación de documentos, de que fueron acusados Annio da Viterbo y Alfonso Ceccarelli, se intentó privar á Colón de toda prioridad en los descubrimientos, subordinando su genial iniciativa á las inspiraciones geográficas del factor de Juanoto Berardi en las oficinas de provisión adonde vino á servir obscuramente en Sevilla. Rompieron la marcha para esta inicua controversia los poetas: en 1611 Raffaello Gualterotti, autor del poema *America* (Firenze: per Cosimo Giunti), en 1621 Enrico Altani, de' conti di Salvarolo, con su tragedia en prosa *Americo* (Venezia: presso Ghirardo Imberti), y en 1650 Girolamo Bartolomei con otro poema heroico apellidado *America* también (Roma: nella stamp. di Lud. Grignani). Todas estas producciones, tal vez opuestas á los poemas de Gambara, Ricci y Stella y á los elogios de Alemani y el Tasso, tenían un mismo objeto, la exaltación de Américo Vespucio revindicándole único descubridor de América en depreciación de la fama de Cristóbal Colón.

No suscitó la poesía la polémica; pero en 1733 el P. Giuseppe Richa, de la C. de Jesús, pareció excitarla de nuevo con el retrato en bronce de Américo Vespucio, que sacó del Museo del Sr. Ignacio Orsini. Á este acto, que no tuvo gran resonancia, siguió en 1742 el de Antonio María Salvini, que hizo colocar en la portada del Convento de San Juan de Dios, fundado en Florencia por Simón Vespucio, una inscripción sobre tabla de mármol que decía:

AMERICO VESPVCCIO PATRICIO FLORENTINO
 OB REPERTAM AMERICAM
 SVI ET PATRIAE NOMINIS ILLUSTRATORI
 AMPLIFICATORI ORBIS TERRARVM
 IN HAC OLIM VESPVCCIA DOMO
 A TANTO DOMINO HABITATA
 PATRES S. JOANNIS DE DEO CVLTORES
 GRATAE MEMORIAE CAUSA.

Poco después apareció la *Vita e lettere di Amerigo Vesputio*, de Ángel María Ban-

ESQUELA DE ESTUDIOS
 HISPANO-AMERICANOS
 BIBLIOTECA

dini (Firenze 1745) que dió ya en cuerpo recogidas todas las noticias que durante dos siglos habían acumulado los que tenían empeño en sostener el exagerado prestigio adquirido por el autor de las *Quatuor navigationes* tan fecundas para su fama, como estériles para los progresos de la geografía y la claridad de la historia; y á este libro siguieron las *Ricerche istorico-critiche circa alle scoperte di Amerigo Vespucci, con l'aggiunta di una relazione del medesimo finora inedita, compilate da Francesco Bartolozzi* (Firenze: 1749) ¹. Tales producciones caldearon ya la pasión de los eruditos, y entonces el Conde de Durfort, ministro de Luis XVI á la sazón en la corte del Gran Duque, propuso un premio de cien escudos para el autor del mejor *Elogio de Americo* que se sometiera á cierto certámen literario. El premio lo obtuvo, en efecto, el P. Stanislao Canovai, de las Escuelas Pías, y su obra se publicó en 1788. Mas al opósito de este movimiento dirigido á acabar de obscurecer los conceptos admitidos en los principios del descubrimiento del Nuevo Mundo, y en contra del honor de Colón y de España, nuestro sabio abate Xavier Lampillas salió desde Génova con su *Saggio storico apologetico de la letteratura spagnuola*, en el que por tan raro camino logró castigar la audacia de los intrépidos destructores de la gloria de Colón. Á esta obra siguió la de otro español insigne, D. Mariano Llorente, ministro en la capital de Toscana, y su *Saggio apologetico degli storici é conquistatori spagnuoli nell' America*, dió el golpe de gracia á las interesadas sugestiones alimentadas por los premios del Conde de Durfort.

El fraude cometido con el nombre otorgado por los geógrafos especulativos del siglo XVI á la gloriosa conquista de Colón, ha sido objeto en nuestro tiempo de variados estudios, en que la erudición ha procurado satisfacer en lo posible las dudas de la historia. No obstante el problema queda y quedará siempre en pie, pues, transcurridos cerca de cuatro siglos, desde que Waltzémuller y sus demás colaboradores, si los tuvo, en la Academia de la ciudad de Saint Dié, prefirió, para determinar el nombre geográfico que había de darse á las equivocadas Indias de la obsesión de Colón los documentos apócrifos de Vespucci á los emanados de la misma pluma del navegante genovés ó á los arrancados de la intimidad familiar del gabinete de Pedro Mártir de Angleria por Ángelo Trevisano, el secretario latino del embajador veneto Pisani, no será fácil encontrar el hilo cierto del secreto móvil que indujo á los protegidos del Duque Renato de Lorena á la superchería de aplicar á las tierras oceánicas occidentales el nombre de un enredador mendaz de relaciones de viajes y sucesos en que si tuvo alguna parte fué subalterna y mínima. El fraude no se ha de corregir; pero al fin y al cabo, á la corta ó á la larga, ninguna clase de trabajos

¹ Otro de los autores que sostuvieron el error de que el descubrimiento del Nuevo Mundo se debió á Vespucio y no á Colón, fué ROBERTO SANSEVERINO, el cual publicó *anónimos* en París en 1767. *Les vies des hommes et des femmes illustres de l'Italie*, y en ella introdujo esta opinión. Bien que la versión equivocada venía de lejos. En 1603 (Argentorati) LIECHTENAW publicó su *Chronicon, cui annexa sunt Paraleipomena rerum memorabilia, 1230-1597, ex probatis scriptoribus collectum*, y en la pág. 535 se lee: «*Insulae quaedam in Oceano antiquioribus ignota, non aevo veluti Novus Orbis ab Americo Vesputio PRIMUM et DEINDE á Christophoro Colombano illustrantur.*»

humanos, si son honrados, quedan infructuosos. En 1866 en la *Revue des questions historiques*, volvió Cf. Wiesener á promover el verdadero origen del nombre de América. El trabajo crítico de Wiesener engendró en 1873 otro sumamente original y curioso de Mr. Thomas Belt en *The naturalist in Nicaragua* (Londón), y éste los repetidos que Mr. Jules Marcou desde 1875 dirige periódicamente á la Sociedad de Geografía de París que los publica ¹. El nuevo movimiento ha dado á las prensas de Nueva York, en 1883, otro informe de T. H. Lambert á *The American Geographical Society* sobre *The origin of the name of America from the national history of the Peruvian* y de 1888 son otros nuevos opúsculos sobre idéntica materia de Emile Meaume.

La mayor parte de estos escritores persigue una utopía evidente: la de derivar el nombre de América de un origen indígena ó americano. Belt fué el primero que expuso esta teoría: en sus exploraciones científicas en Centro América notó que la cadena de montañas que forma la línea divisoria de las aguas entre el lago de Nicaragua y la margen del Blewfields, lleva el nombre de *Sierra-América*, *Amerrica* ó *Americ* y su semejanza con el de aquellos continentes le indujo á la posible suposición de que los primeros descubridores lo hubieran oído de labios de los indios, y hubiese vagado luego en la tradición hasta que los geógrafos de la *Cosmographiae Introductio* lo explicaron por el del *cargador* florentino protegido por Fernando el Católico. Aun con ser el supuesto absurdo, Mr. Belt ha hecho en poco tiempo entusiastas prosélitos, y sus ideas expuestas con gran copia de erudición filológico-americana por Mr. Marcou no han parecido indignas de ser recogidas por las Sociedades científicas de Europa ². La teoría de Mr. Lambert de Saint Brés se funda sobre el *Amarca*, nombre sagrado de los peruvianos, que sirve de desinencia á muchos de los nombres geográficos indígenas ³; pero la falta de concordancia entre los hechos históricos para legitimar estas tesis anula su verosimilitud y en todo caso la filología americana, no presta todavía base suficiente para apoyar en ella serios argumentos que satisfagan á una crítica severa.

De cualquier modo en estas teorías se dejan notar por parte de los americanos tendencias exclusivas, que tal vez en algún tiempo puedan ser fecundas para las largas reparaciones de la historia. Hoy parece imposible de todo punto la empresa de anular una denominación usurpada, pero consentida al cabo, durante cerca de

¹ El último de estos trabajos, *Nouvelles recherches sur l'origine du nom d'Amerique*, par JULES MARCOU: París, 1888, los compendia todos.

² El primer trabajo de Mr. Marcou fué traducido en Marzo de 1875 en la revista *The Atlantic Monthly*, de Boston, bajo el título de *Origin of the name America*. El *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* lo reprodujo en Septiembre de 1883 (tom. xvij, pág. 25); y en 1884 el *Boletín de la Sociedad Geográfica Argentina de Buenos Aires*. Ya antes, en 1882, lo habían insertado íntegro en sus columnas el *Diario de la Marina*, de la Habana, y el *Diario de Centro-América*, de Guatemala. Sobre estas teorías, recientemente se ha dado una conferencia pública en Sevilla, y ha publicado un artículo la revista *España y Portugal*. La novedad y el carácter científico con que han sido expuestas desde un principio, ha sido causa de haberlas dado tanta resonancia, aun teniéndose tantos datos auténticos del verdadero origen del nombre de América con los testimonios de los que lo adoptaron y generalizaron en aquel tiempo.

³ Véase el artículo titulado *The origin of the name of America*, en el *Bulletin of the American geographical Society*, de Nueva York, 1883. Núm. 1, pág. 45.

cuatro siglos. ¿Quién sabe? Los que hoy pretenden deducir el génesis y raíz de la palabra *América* de los nombres primitivos de las antiguas lenguas de la América Central y del Perú, ¿no podrán mañana con más poderoso impulso intentar otro acto de un gran respeto hacia los autores verdaderos de la civilización moderna de aquel mundo por tantos siglos escondido en las brumas del Océano y otro acto de no menor justificación para reparar la ofensa de un fraude ignominioso? Si esto alguna vez ocurriese no faltarían á los americanos de las dos lenguas preponderantes nombres adecuados que escoger: el de *Atlántida*, como los llamó tal vez Platón, si se consideran hijos del Atlante; el de *Hispánida*, como muchos pretendieron, si les inspira el noble sentimiento de la gratitud hacia el país que sacó su ignorada existencia del abismo tenebroso de los mares; el que *Colónida*, si este mismo sentimiento debe recaer sobre el hombre inmortal de genio sublime y fe inquebrantable que, entre pruebas costosas de dolor y constancia, devoró las brumas y llevó al Nuevo Mundo la Cruz redentora de Cristo y el glorioso estandarte de Castilla, antorchas luminosas de su civilización.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN